

CONFIDENCIAS DE UN MÉDICO

## EL ARTE DE LA RESIGNACION



QUIEN serena, desapasionadamente, analice la general hostilidad de las gentes hacia el médico y su arte, no podrá dejar de asombrarse.

Ninguna otra profesión liberal puede competir con la de luchar con la salud ajena, en desprendimiento y generosidad. Raro es el galeno sin consulta pública y gratuita. ¿Dónde están las sostenidas por abogados, arquitectos, ingenieros, etc.?

En el propio domicilio, en la llamada consulta particular, un 30 por 100 de las asistencias préstanse sin recompensa. Ni económica ni espiritual.

Los médicos españoles constituyen la clase nacional que más libros compra y con mayor frecuencia viaja por países extranjeros.

Nuestros máximos prestigios internacionales son al presente el Balompié y la Medicina.

¿Por qué, entonces, la tendencia al epigrama erizado de saña, a la interpretación mal intencionada? ¿Por qué esa tenaz persecución del descrédito?

Los profanos guardan un rencor a los médicos: el de haber acertado a vencer, sistemáticamente, a la muerte.

Ignorar hasta dónde llega el poder de la ciencia, explica, pero no justifica, tal vivero de injusticias.

La Medicina no puede sustituir los órganos. Reside aquí la clave de su ineficacia frente a la ley implacable de morir.

Ante un corazón viejo, cansado o enfermo, no logra si no estimularlo o moderarlo; jamás reemplazarlo por otro vigoroso y potente. El médico no escoge sus tropas; ha de lanzarse a la lucha capitaneando las que depara el azar.

¿Quién hablaría mal del jockey llegado último, por montar, en vez de brioso y ágil corcel, un rucio cansino y matalón?

La carencia de cultura adecuada hace

que en la mayoría de los enfermos el morir tenga significado de sorpresa, de cosa insólita. Sin embargo, ante la muerte, sólo una pregunta tiene justificación. ¿Ya? No pretendemos con esto negar los errores de los médicos ni las deficiencias de su ciencia, y sí sólo recordar cómo infinidad de dolencias carecen fatalmente de solución favorable, hágase lo que se haga.

¿Quién podrá evitar el fallecimiento de un hombre cuyos riñones dejaron de funcionar totalmente por vejez o por agotamiento?

Aun poniendo en juego la tolerancia comprensiva y piadosa, forjada por el ejercicio profesional, cuesta muchas veces gran esfuerzo oír, cachazudamente, como quienes tienen lesiones viscerales inmodificables, increpan a su médico calificándolo de torpe e inútil.

¿No llamarías, estimado lector, insensato a quien insultase al marinero que no supo aplacar la furia de una borrasca?

Pues dislate análogo cometen cuantos maltratan a su médico por no convertir un hígado cirrótico en otro sano y joven.

En comprender o no lo que cabe exigir al médico, y lo que no es posible esperar de él, reside el secreto de poder establecer o no la comunión espiritual necesaria, para que la asistencia técnica de un paciente se convierta, de oficio vulgar, en arte noble, cuajado de líricas perspectivas.

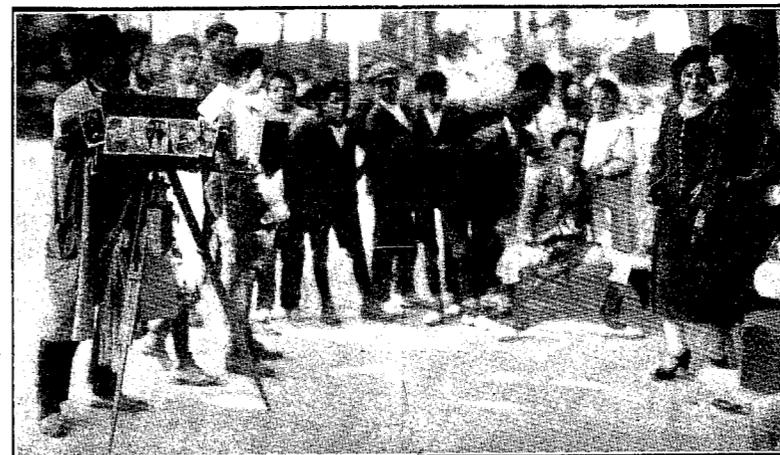
Si el progreso científico ha de rendir todos los beneficios de que es capaz, será ¡siempre! a base de un fervor exaltado, de un entusiasmo enardecido, de una ambición de triunfo, henchida de amor propio, por parte del médico; de una comprensión cordial del papel de éste, de los límites de su esfuerzo, de las fronteras de su poder, por parte del cliente.

Un proverbio chino dice: «La Medicina es como el tejado; libra de la lluvia, pero no del rayo.»

No ver en el médico un hacedor de milagros, es colocarse en situación de obtener resultados que lo parezcan.

*Dr. César JUARROS.*

## De la calle y del campo



os risueñas muchachas, posando ante el objetivo del fotógrafo ambulante que hace retratos al minuto, aunque esté lloviendo, ante una curiosa asamblea de mozalbetes. El artista callejero trabaja en todas partes y su laboratorio va dentro de la máquina. Lo encontraréis en el Parque,

en el Mercado y en la esquina de Cánovas, siempre dispuesto a tirar unas postales y hasta retocarlas. En todas partes, este singular artista del blusón, halla galería adecuada para el desarrollo de sus actividades de artista. ¡Quién no se retrata con tanta comodidad y sin necesidad de ascensor!

Foto Rojo



Foto M. Fontana

La última parva en la Casa de labor, propiedad del señor Murcia. Las faenas de recolección tocan a su fin, después de un largo período de fatigas. ¡Hasta que el trigo se ve guardado en el granero, cuántos desasosiegos e inquietudes cuesta. ¡La última parva, cuando ha recompensado los esfuerzos del labrador, con qué júbilo se abienta y se llenan los costales que han de llevarlo a casa! Ya han terminado de eras.